

# LOS JESUITAS Y EL NEO- LIBERALISMO

## DE CARA AL FUTURO

*Con el título de «Neoliberalismo en América Latina. Aportes para una reflexión común», los provinciales de la Compañía de Jesús latinoamericana han propuesto un papel de trabajo a quienes se sienten comprometidos con la causa de la justicia en el Continente. Este papel se resume en una carta de lectura más rápida, pero por lo mismo más esquemática y quizás menos capaz de recoger los matices de un asunto difícil respecto al que, sin embargo, los jesuitas sostienen una posición clara. Aquí comentaremos algunos extremos del documento extenso, que fue presentado en rueda de prensa en Caracas por el padre Arturo Sosa, y que ha sido recibido con esperanza en algunos círculos y con recelo en otros, según cabía imaginarse. Presentamos sólo algunas glosas personales, no una síntesis ni un esquema de lo que puede leerse en la sección «Documentos» de este mismo número de la revista.*

Lo primero que salta a la vista es que los provinciales jesuitas no miran hacia ayer sino hacia mañana. No vierten una sola lágrima por el populismo en retirada (contra el que combatieron con dureza en su momento) sino que se preguntan, en el estilo clásico del discernimiento ignaciano, adónde nos llevan las nuevas dinámicas sociales y culturales que están siendo inducidas en la América Latina.

Este es, desde luego, el punto más fuerte de su análisis: mirar al futuro desde las personas tomadas en su integridad, no sólo desde las cuentas nacionales o los índices agregados de consumo. Con otras palabras, no suponer que el destino de nuestros países se compendia en los indicadores macroeconómicos, sino apreciar la vida humana en las comunidades del Continente como una trama compleja de hilos sutiles donde se juega, donde podría ganarse y se pierde, el crecimiento existencial, la plenitud de realización de nuestros pueblos y sus gentes. En esta trama es donde están entrando las nuevas propuestas ideológicas como hipopótamos en una cacharrería, persiguiendo obcecadas ciertos objetivos cuantificables, sin atender a aquello que no alcanzan a medir con sus instrumentos, ni a aquello otro mensurable a lo que, por razón de su teórica o de los lugares sociales desde los que estas propuestas se formulan, no conceden mayor importancia.

Por tal versión al futuro, el documento de los provinciales dedica la mitad de sus páginas a las «tareas que debemos emprender». Han pasado cuatro años desde el Seminario César Jerez, que reunió en Colombia a miembros de la Iniciativa Social de la Compañía de Jesús de todo el Continente para discutir en torno a Neoliberalismo y Pobreza en América Latina. Respecto al libro publicado en esa ocasión, se aprecia que el paso del tiempo ha permitido enfocar el análisis con más tino y unificarlo en torno a puntos claves. Pero no se ha avan-

zado paralelamente en formulaciones de modelos sociales alternativos, fuera de la acumulación de rasgos normativos que esos modelos hipotéticos deberían respetar y promover. Cómo se componen esos rasgos unos con otros y con las demás limitantes de la existencia social, no en una utopía sino a partir de las realidades socioculturales de América, es una tarea aún pendiente no sólo para los intelectuales católicos independientes, sino para todas las líneas de pensamiento no neoliberales del Continente: democristianos, socialdemócratas y socialistas, si es que los tres aún se atreven a ser lo que dicen ser.

Porque tal vez el rasgo más llamativo de nuestra situación ideológica consista en que sólo el economicismo neoliberal posee en este momento herramientas analíticas para interpretar la situación latinoamericana, desde lo macro a lo micro sin cesura. El terreno de los grandes relatos con capacidad para concretarse nítidamente en programas detallados de gobierno, es suyo. Todos los demás nos movemos entre unas convicciones sobre lo deseable más o menos sólidas (mucho en el caso de los provinciales jesuitas), y una prudencialidad que tantea a la hora de formular las propuestas concretas, detrás de muchas de las cuales no suele ser fácil encontrar ni unidad de pensamiento ni un vínculo claro con los fundamentos. La realidad se nos ha hecho demasiado compleja a los demás, sobre todo a partir de la introducción de la cuestión cultural en los análisis, mientras que en el campo del neoliberalismo todo se reduce a la medida del *homo oeconomicus*, medida con la que se pretende explicar en términos de conveniencia económica desde la tasa de homicidios hasta la manera de controlar la contaminación, desde el orden político hasta las ambigüedades de nuestras culturas.

Esta claridad y distinción con que el pensamiento neoliberal interpreta el presente y el futuro de América Latina está produciendo verdaderos «testigos de Jehová» del libre mercado y la interpre-

Raúl González Fabre

---

**La idea de que la superación de la pobreza en América Latina vaya a ocurrir por el solo rebose de la riqueza de los ya muy ricos, una vez disueltas esas estructuras fundamentales, no puede valorarse honestamente, a la vista de nuestra historia, más que como una fantasía engañabobos**

---

tación economicista de la vida, que recorren los foros sociales con sus prédicas autorizadas por diplomas universitarios, reclutando adeptos en nuestros círculos académicos y tecnocráticos, particularmente entre los más jóvenes. A la hora de la verdad, el número de convencidos no es tan grande, ni sus posiciones tan influyentes como parece indicar la alharaca que hacen y el apoyo que reciben del gran empresariado cuyos intereses, en último término, defienden. Pero su influencia en quienes no comparten su visión del mundo dista de ser despreciable. Cuando hay que gestionar políticas concretas desde el gobierno, cuando hay que analizar la realidad profesionalmente, muchos que desearían tener algo mejor que proponer acaban eligiendo este enfoque, que combate la perplejidad con un discurso en que cada problema suele venir acompañado por una interpretación y una solución unívocas.

En ese sentido, el economicismo neoliberal está en una situación ideológica muy parecida a la del marxismo o la teoría de la dependencia un par de décadas atrás. No en vano, muchos de los neoliberales apasionados de hoy fueron los marxistas igualmente apasionados de ayer, personas que no se encuentran bien en el mundo sin claridades meridianas, sin una cosmovisión «científica» que defender. Con un manojo de simplificaciones sienten las claves del futuro en sus manos.

Pero ahora, tras no menos de diez años de predominio, la trayectoria del neoliberalismo en América Latina incluye ya mucho pasado. No sólo puede ser discutido en el terreno de las ideas, sino también evaluado en el de las realidades sociales que viene moldeando. Aquí se sitúa sobre todo el documento de los provinciales jesuitas. Por supuesto, no acepta del neoliberalismo la definición de los tópicos relevantes para evaluar, ya que sencillamente no es posible creer en esa antropología social, ni como cristianos ni como latinoamericanos dotados de un mínimo sentido de nuestra realidad cultural. Al contrario, el documento esta-

blece sus propios términos de evaluación: la cuestión de la pobreza, y la calidad humana de la cultura que se está gestando en el Continente. De estos aspectos nos ocuparemos en los siguientes epígrafes.

Pare cerrar éste, notaremos que la novedad central del documento que comentamos consiste en la decisión oficial de la Compañía de Jesús de poner los recursos intelectuales a su alcance en América Latina, que no son pocos, para comprender mejor esas dos grandes cuestiones históricas, el estado de cosas que en torno a ellas se está generando por efecto de la influencia neoliberal, y para ofrecer alternativas viables y consistentes, capaces de unir fuerzas en torno a sí ganando tanto las inteligencias como las sensibilidades. El punto de partida del intento consiste en el respeto a la complejidad de las realidades del Continente tal como los jesuitas y quienes se asocian con ellos en la lucha por la justicia, han venido captándolas en su ya largo camino de inserción en los medios humanos más diversos de América. No se trata de elaborar tres simplificaciones desde las cuales concluir que todo se reduce a una sola clave, que con una intervención certera nos abrirá las puertas del paraíso terrenal. La proyección hacia el futuro que los jesuitas se proponen no consiste pues en «montar un aparato ideológico» del mismo estilo del neoliberal, o antes del marxista, sino en continuar de manera más articulada intelectualmente la trayectoria de la Compañía de acompañamiento de las mayorías empobrecidas, animación de comunidades de solidaridad tanto de rango popular y no gubernamental como de nivel político, educación para la plenitud humana de todos, presencia en los medios de comunicación de masas, y diálogo cualificado con los lugares de nuestra

sociedad donde se construyen los saberes, se elaboran los símbolos y se deciden las políticas.

## **LA LUCHA CONTRA LA POBREZA**

El aspecto más aparente del neoliberalismo es el de una matriz ideológica de políticas económicas. El documento de los jesuitas enumera las líneas principales de las políticas neoliberales que se han aplicado en América Latina, reconoce los frutos que nuestros países han obtenido por diversos respectos de la ampliación del papel de los mercados en la economía, pero también identifica males sociales que se han agudizado, no de manera accidental sino estructural: el empeoramiento de la distribución de la riqueza y el ingreso; el empobrecimiento del capital social (cultura, servicios públicos, medio ambiente); y las distorsiones provocadas por mercados sin control social.

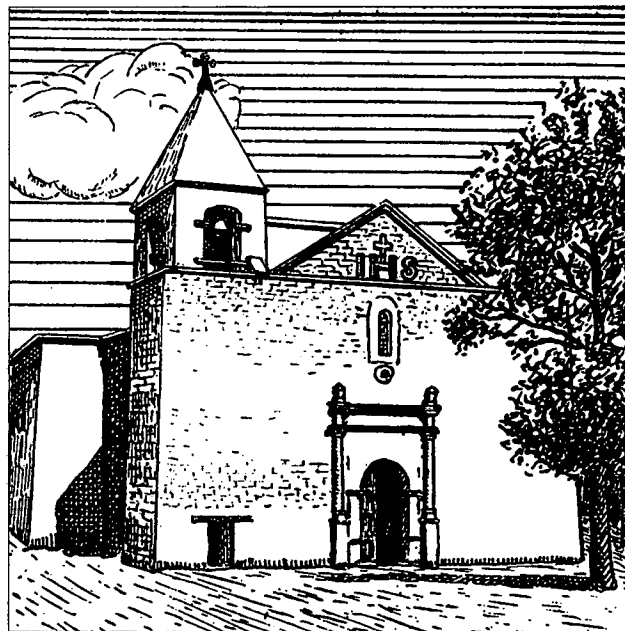
La pobreza en América Latina no es asunto de anteayer, ni la han creado las políticas neoliberales. Es el resultado histórico de siglos de estructuras de crecimiento desigual y de proyectos de desarrollo excluyente, cuando no de dominación abierta, que se han sucedido unos a otros, aprovechando cada uno el punto en que el anterior dejó a nuestros pueblos. Ha habido avances y retrocesos, pero el resultado es un Continente con 180 millones de pobres y 80 millones de personas en la miseria. Y estas cifras, lejos de disminuir desde el momento en que se tomó conciencia de ellas hacia mediados de nuestro siglo, han venido aumentando. Las dos últimas etapas de este proceso histórico son precisamente la del derrumbe del populismo y la del relevo neoliberal. En ellas se ha conocido una aceleración de fenómenos asociados al empobrecimiento. Puede discutirse hasta qué punto, en qué países, y respecto a qué estratos sociales, el crecimiento reciente de la pobreza se debe a la degradación populista y sus consecuencias, o a las nuevas políticas económicas.

Pero no es ése el punto central de la

crítica de los provinciales jesuitas al neoliberalismo, sino el hecho de que estructuras sociales fundamentales para la superación de la pobreza, tales como las que permiten una distribución razonable del producto, las que aseguran la calidad del capital humano individual y colectivo, y aquellas otras que proveen control de la sociedad (no sólo del Estado) sobre la actividad económica, están siendo sistemáticamente erosionadas por las políticas neoliberales y por el rediseño social que proponen. Ello cuando lo que habría que hacer es precisamente reforzarlas, seguir construyendo puntos de apoyo para la derrota de la pobreza y la construcción de una sociedad inclusiva, que no deje a nadie al margen. La idea de que la superación de la pobreza en América Latina vaya a ocurrir por el solo rebose de la riqueza de los ya muy ricos, una vez disueltas esas estructuras fundamentales, no puede valorarse honestamente, a la vista de nuestra historia, más que como una fantasía engañabobos.

Y con ello no se está diciendo que nos encontremos ante una nueva Bestia sobre la que descargar las culpas de nuestros males, como antes fue moda continental hacerlo sobre el comunismo internacional, el imperialismo yanqui o el Fondo Monetario. Cada propuesta neoliberal es dialogable, dentro de un diálogo en el que la autocrítica de los resultados obtenidos por otras acciones alternativas resultará imprescindible. De lo que se trata es de buscar juntos caminos efectivos contra la pobreza, y esto bien cabe hacerlo con quienes honestamente piensen que el neoliberalismo ofrece ideas útiles para ello. Pero el diálogo requiere de dos partes dispuestas a razonar. Por eso puede resultar imposible con aquellos que, en concreto, desprecien la interlocución ajena como barbarie frente al pensamiento ilustrado de sus premios nóbel; o con aquellos otros que, a cuento del neoliberalismo, en realidad pretenden sólo escribir, a favor de sus intereses y desde su acceso privilegiado a los poderes sociales, un nuevo

*No se trata únicamente de defender los bienes culturales que ya poseemos como patrimonio colectivo. Los jesuitas latinoamericanos se proponen, por el contrario, empeñarse más aún en la tarea histórica de remediarlos. Sin duda, una buena noticia para los pobres del Continente*



capítulo de la historia de la injusticia latinoamericana.

### **LA LUCHA POR LA CULTURA**

El neoliberalismo que nos alcanza es una radicalización ideológica de la economía neoclásica, de la que se diferencia en el papel que atribuye a los mercados dentro de la vida humana. La pretensión central deja de limitarse a afirmar el libre mercado como el modo más eficiente de producción y distribución social de los bienes económicos, para proponer el ordenamiento de la vida personal y social al éxito en los mercados, ahora considerado clave de la felicidad. En este sentido es culturalmente totalitario, con la particularidad de que se impone principalmente a través de las imágenes sugestivas de una publicidad comercial avasalladora, a través del indocinamiento comunicacional llevado a cabo por una casta de iniciados en los misterios de la teoría económica, y a través de políticas públicas desarrolladas por gobiernos electos sobre programas a menudo muy diferentes. No es que desdeñe el uso abierto de la fuerza cuando no haya otra manera de sostener sus pretensiones frente a la insubordinación popular, pero como quiera que la violencia política se encuentra *demodé* en América Latina, prefiere técnicas de «convencimiento» más sutiles.

Sutiles y arrasadoras, porque golpean bajo a nuestros pueblos, en lugares de nuestras culturas donde no hemos desarrollado una capacidad de resistencia

suficiente. El resultado viene siendo la degradación de la cultura latinoamericana, tan rica en matices sobre las relaciones humanas, y de la convivencia social que se basa sobre ella. Empiezan a romperse los vínculos básicos de nuestra vida en común, y crece una violencia difusa antes desconocida en los vecindarios del Continente. Esta es la razón por la que los provinciales jesuitas se proponen una tarea de liberación cultural, consistente en afirmar, con palabras y con hechos, la prioridad de la persona en relación estrecha con los demás sobre el hombre desvinculado que persigue ante todo su propio interés. Los valores de la justicia y la solidaridad se proponen así al imaginario social por encima del éxito económico o la capacidad de consumo.

No se trata únicamente de defender los bienes culturales que ya poseemos como patrimonio colectivo. Precisamente este patrimonio es el que se está mostrando insuficiente. Le falta particularmente una versión hacia lo público, manifiesta en grandes limitaciones organizativas, en la crisis de la vocación política, en los agudos déficits de nuestra ética pública. El neoliberalismo ideológico a la vez aprovecha y agudiza estos males. Los jesuitas latinoamericanos se proponen, por el contrario, empeñarse más aún en la tarea histórica de remediarlos. Sin duda, una buena noticia para los pobres del Continente. ■

Raúl González Fabre es miembro del Centro Gu-milla